



CRITICA DE TEATRO

«La Ruina»

Autor, espacio escénico y dirección: Jordi Casanovas.
Intérpretes: Roser Blanch, Clara Cols, Borja Espinosa, Mireia Fernández, Pablo Lammers, Sergio Matamala, Alicia Puertas. La Villarroel, 10-IX

Técnicas de proyección**SERGI DORIA**

Jordi Casanovas, uno de nuestros dramaturgos más talentosos, vive al día. Se nota especialmente en «La Ruina», tragi-comedia de ahora mismo, con el país en recesión y las familias quebradas por los intereses hipotecarios. Años atrás, «La Ruina» podría haberla firmado Javier Daulte o Gabriela Izcovich inspirándose en el «corralito» argentino.

Una sala de estar carrinclona, con una tele birrriosa, un cuadro con paisaje feo y una mala reproducción de «La vicaría» de Fortuny acoge a los jóvenes protagonistas que no saben cómo decorar sus vidas. Encontramos dos hermanas, Silvia (Roser Blanch) y Laura (Clara Cols), dedicadas, respectivamente, a los alcoholes y al arte conceptual del pensamiento débil; al barbudo Ricky (Pablo Lammers), que dice diseñar «cosas» sin especificar cuáles (algo muy habitual en Barcelona); irrumpe un vecino (Sergio Matamala) que ha descubierto el autismo en las cotizaciones bursátiles, perseguido por una esposa colérica...

En ese naufragio juvenil parece flotar la responsabilidad de Toni (Borja Espinosa): increpa a su novia para que se deje de conceptos y se ponga a trabajar realidades. Una frase resume sus circunstancias: «Si somos sinceros todos tenemos vidas de mierda».

La precariedad económica del grupo quedará integrada en la Ruina, mayúscula y definitiva, de la sociedad en que malviven. Un crack muy del 29 provoca el cierre de los bancos y el secuestro de las cuentas corrientes. La reflexión sobre las disfunciones del capitalismo quedaría en coyuntural si no fuera por el elemento parapsicológico: bajo una mesa, los personajes desaparecen y van a parar a un lujoso piso de la Bonanova repleto de dinero...

Jordi Casanovas ha compuesto una comedia muy «daultiana»: la técnica de proyección trufa el drama de la ruina económica real con la posibilidad sobrenatural; el autor concentra, tal vez en demasiado poco tiempo, demasiados ingredientes. La originalidad de los diálogos queda al final un tanto trastocada por algún infantilismo «progre», como que la miseria nos permite a todos ser iguales o que la gente que acaba de perderlo todo anda por la calle con expresión de felicidad.

No es balañá la crítica a las corporaciones financieras que pasan por encima de gobiernos y erosionan las clases medias, pero la tentación de la tesis lastra el espíritu de la obra: llevar los personajes al límite de la emoción, objetivo que el cuerpo actoral cumple con solvencia.